

—Está bien, señor barón.

—En cuanto le veas, le conduces aquí.

El criado salió apretando los labios como un hombre que no entiende nada.

Cuando llegó á los salones el baile estaba en todo su apogeo.

No le costó mucho trabajo desempeñar su comisión, y á los pocos momentos llamaba á la puerta del gabinete é introducía al personaje buscado, anunciando:

—El Sr. Dantenac.

XIII

Ilusiones.

Cuando el ayuda de cámara le introducía en el gabinete del barón, Pedro Dantenac parecía pensativo y preocupado.

Aquella misma mañana había recibido, en el momento que dejaba la oficina, cuatro líneas del dueño, que torturaban su imaginación:

«El barón Isaac Mosés ruega al señor Pedro Dantenac tenga la bondad de asistir esta noche á las diez, al castillo de Plessis-Mortcerf. Tengo que comunicarle una noticia.

»Debe usted asistir vestido de etiqueta.»

El asombro del empleado no tenía límites.

El conocía muy bien la letra del barón y aquella esquila era auténtica.

¿Qué le querría?

¿Le esperaba la desgracia ó la felicidad?

—¿El señor barón me llamaba?—empezó, viendo que le examinaba despacio sin dirigirle la palabra.

—Sí, siéntese usted.

—Y el banquero señaló con un gesto el sitio que Próspero acababa de abandonar.

Entonces hubo un momento de silencio.

El barón seguía examinando á aquel mocetón tranquilo en apariencia, pero en realidad muy turbado, que tenía delante de él.

—¿Qué edad tiene usted?—preguntó al cabo de algunos segundos.

—Treinta y cuatro años, señor barón.

—Bien, ni mucho ni poco... la plenitud de la razón... ¿Y está usted contento con su suerte?

—Muy contento, sí señor.

—Es la primera vez que lo oigo decir.

¿Su familia es del Mediodía?

—De los Pirineos, señor barón.

—No son ricos, ¿verdad?

—Eso hacía falta—suspiró Pedro Dantenac.

—¿Y de qué parte son ustedes?

—De Luchón, en la montaña, algo lejos del pueblo. El sitio se llama Caubous. Es muy pobre, casi miserable.

—¿No tiene usted padres?

—Padres no; sólo tengo una hermana de mi padre, que vive en la casa en que

he nacido. Tiene ya setenta y un años.

—¿Y más parientes?

—También tengo hermanos.

—¿Cuántos?

—Tres.

—¿Y en qué se ocupan?

—El uno es suboficial en un regimiento de caballería. Está en Blidah.

—¿Es más viejo ó más joven que usted?

—Tiene veintiocho años.

—¿Es el menor?

—No, señor barón; el mayor soy yo: es el tercero.

—¿Y los demás?

—El segundo es posadero en Luchon, en la parte vieja.

—¿Y está contento?

—Creo que sí. Ama mucho el país y se ha casado con una joven que le ha llevado una pequeña dote... no mucho. Vive tranquilo, y no desea otra cosa.

—Bueno, es un filósofo... ¿Ya no hay más?

—Falta todavía uno: Juan, el más joven. El señor barón ha debido verle en Luchón. Es guía....

—Sí, ya sé, ya sé; ha conducido el coche muchas veces; pero su posición es muy modesta.

—Tiene ánimos, y yo pienso ayudarle á establecerse como alquilador de caballos... allí es un oficio bastante bueno, y yo creo que cuando se case ha de salir adelante.

El barón se mordió los labios.

—¡Ah!—dijo, fingiendo la mayor ignorancia;—¿ya piensa casarse?

—Tiene veintiseis años, señor, y ya ha cumplido su servicio.

—¿Y con quién quiere casarse?... si no es un secreto,

—¡Oh! no hay misterio ninguno: con una joven que seguramente nadie le disputará.

—¿Es fea?

—No, señor; al contrario; es tan buena como hermosa: únicamente que...

—¡Ah! tiene un inconveniente.

—El señor barón se hará cargo en seguida.

—Sí, ya comprendo; que es pobre.

—En efecto. Ella y su hermana viven de un pedazo de tierra y de un despacho de tabaco. El padre era militar retirado. Benedetta...

—¿Con que se llama Benedetta?

—Sí, señor barón.

—Bonito nombre.

—Y que la sienta bien, puede asegurarse.

—¿Y cuándo deben casarse?

—Próximamente por el mes de abril ó mayo. Mi hermano me lo ha escrito hace muy pocos días.

—Entonces tanto mejor,—dijo el banquero, completamente tranquilo. Y usted, Dantenac, ¿no ha pensado en casarse?

El empleado respondió sencillamente:

—A fé mia que no, señor barón.

—¿Y cómo es eso?

—Porque hace muy poco tiempo que gano algún dinero y estoy muy lejos de ser rico.

—¿Y usted piensa que hay que serlo para tomar mujer?

—Vov creyéndolo, señor barón. Las parisienses aman el lujo y cuando el marido no puede proporcionárselo, lo buscan de otro modo; al menos eso es lo que se dice.

—Veamos—siguió el banquero con familiar franqueza,—contésteme usted con sinceridad. ¿No se ha fijado usted en ninguna mujer para hacerla la señora de Dantenac?

—En ninguna.

—¿De veras?

—De veras, señor Barón; además, ¿de que me hubiera servido? Las que podrían agradarme seguramente no me querrian.

—¿De modo, que es usted ambicioso?

—Más de lo justo.

—¿Por qué?... Usted tiene grandes ventajas.

—¿Cuales?

—La juventud.

—Ya empieza á pasar.

—Además la salud.

—Casi, casi, es la única.

—El porvenir.

—¿Y quién le conoce?

—El talento.

—Bien poca cosa sé; únicamente lo que puede aprenderse en los bancos de un colegio.

—Es usted muy modesto... Por último, la figura. Es usted lo que se llama un buen mozo.

—El señor barón se burla de mí.

—Además, tiene usted un apoyo con el que no cuenta bastante.

—Apoyo, ¿de quién?

—De mí.

Pedro Dantenac se inclinó.

La fisonomía del banquero tenía una expresión casi simpática.

Su nariz ménos afilada, sus ojos ménos malignos, su sonrisa era casi, casi agradable.

El viejo sátiro no trataba de estar más agradable cuando adulaba á algún ministro para obtener alguna importante concesión.

—Tengo que hacer á usted una proposición, amigo Dantenac,—replicó—una proposición muy ventajosa; casi me atrevo á decir que voy á ofrecerle una fortuna, y, por lo tanto, no se extrañe usted de que le exija algunas garantías.

El empleado se volvió todo oídos.

—¡Una fortuna!

¡Qué alegría para la tía de Caubous, para sus hermanos!

Se acordaba de su vieja casa de Caubous, y ya la veía restaurada, engrandecida, soberbia.

El corazón le palpítaba con violencia.

Cuando el barón Mosés hablaba de fortuna, debía tratarse de una fortuna inmensa, evidentemente.

—Oigame usted—continuó el banquero—y sea usted sincero. Quiero saber, amigo mio, si usted está libre... si no tiene usted alguna... amistad íntima que le impida ser un marido modelo... Se trata de matrimonio con una joven, por la que tengo muchísimo interés... No tema usted nada, no le pido sino franqueza.

—Señor...—dijo Dantenac, sofocado.

—¡Vacila usted?... ¿Hay gato encerrado?... Vamos, sea usted franco....

—Es que—balbució Dantenac—ze burlará usted de mí si hago la confesión que me reclama.

—No lo crea usted, conozco bien el corazón humano y sus debilidades.

—Pues bien, obedezco. Usted me ha hecho el honor de invitarme dos ó tres veces el invierno último á los bailes de la avenida Gabriel.

—Y me atrevo á decir que ha hecho usted en ellos muy buen papel.

—Yo me hago justicia, señor barón—dijo el empleado,—sé muy bien que no soy más que un campesino... El señor barón no recordará, pero el último baile á que asistí iba disfrazado...

—Es posible.

—Había adoptado el traje de un artista de tiempo de los Médicis, el de Benvenuto Cellini; como no sé bailar, ó mejor dicho, bailo detestablemente, y además no conocía á nadie...

—Es usted tímido.

—Bastante, señor barón. En razón á

esto me encontraba separado de todos y sentado en un sillón contemplaba la brillante multitud que se agitaba delante de mí.

Era la una de la mañana, y sin duda, debido al calor, ó á mi falta de costumbre, me quedé en un estado próximo á la somnolencia, cuando de pronto una fuerte impresión vino á despejarme súbitamente.

Una mujer, una joven estaba delante de mí, y apoyando su mano en mi hombro me decía con voz dulce:

—¡Sólo, en un rincón! ¿No tiene usted un amigo entre esta multitud?

Sin esperar la respuesta, me cogió la mano y con asombroso vigor me arrastró entre los bailarines, obligándome á valsar con ella y dirigiéndome reproches por mi falta de decisión.

No sé qué extraño imperio ejercía sobre mí, pero al poco tiempo la conté mi historia, la expliqué mi situación, la escasez de mi fortuna...

La joven me escuchaba, no sin interés, sonriendo muchas veces con malicia, sin desdeñarme por mis confesiones, que daban á entender hasta qué punto me encontraba yo fuera de mi centro en aquellos salones.

Por último, me dejó, estrechándome la mano, como hubiera podido hacerlo el mejor de mis amigos; muchas veces volví á verla durante la noche, y siempre me saludaba cariñosamente.

—Y después, ¿no ha vuelto usted á verla?

—Sí, la he encontrado á menudo en las oficinas de la calle Drouot, que parece conocer á la perfección; es sin duda una amiga de la casa.

—¿Y sabe usted su nombre?

—Usted me obliga á que diga la verdad, señor barón. Sé solamente que se llama Matilde.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y es ella la que se lo ha dicho á usted?

—Sí, durante el vals; la única vez que he tenido ocasión de hablarla.

—¿Y es hermosa?

La voz de Pedro Dantenac se alteró.

—¡Oh! sí,—dijo hundiendo en el techo su apasionada mirada—¡hermosa como un sueño, hermosa para hacer perder la razón!

El barón Mosés se encogió de hombros.

—Vamos, vamos,—dijo calmando al joven con un gesto.—Es usted muy entusiasta, y esto es un defecto para los negocios! Lo que se necesita es la astucia, la sangre fría. Por supuesto que todo me lo explico. Usted está enamorado.

—Sí, es cierto; la amo como se puede amar á las imágenes, sin esperanza.

—Pues bien, amigo mio, usted me ha contado su historia y yo le debo una compensación. Me parece que conozco á la

joven de quien usted habla. ¿Es morena?

—Sí.

—¿De estatura media, más bien algo baja?

—Eso es.

—¿Ojos negros?

—Y brillantes como dos luceros.

—¡Demonio! ¿Es usted poeta, Dantenac?

—Algo, señor barón.

—No es un vicio. Los cabellos son abundantes y la frente algo estrecha.

—En efecto.

—¿Y dice usted que se llama Matilde?

—Precisamente, señor barón.

—No conozco más que á una joven que coincida con ese nombre y esas señas y es mi protegida, mi ahijada, si usted quiere.

Y como viera palidecer á Pedro Dantenac, añadió:

—En verdad que tiene usted escrúpulos y delicazas bien extrañas en los tiempos que vivimos. Usted teme que el objeto de su adoración tenga un dote que sea un obstáculo insuperable. Confiéselo.

—Así es, señor barón.

—Pues yo puedo tranquilizarle con una palabra. Esa joven es pobre.

El amplio pecho de Pedro Dantenac tuvo un movimiento de satisfacción.

—Y voy á referir su historia—concluyó el barón.

—Hace veinte años, uno de mis amigos, parisien y vividor, murió joven todavía en una situación desesperada. Los negocios

no á todos les salen bien. En sus últimos momentos me llamó, confiándome un secreto.

—Tenía una hija, cuya madre había muerto pocos meses antes, después de sufrir horriblemente al darla vida.

—La niña había sido inscrita en el registro como hija de padres desconocidos.

Se iba criando en el campo, en una granja de las inmediaciones de Tournan, en casa de unos labradores que recibían del padre una pequeña pensión para atender á las necesidades de la niña.

—Mi amigo me suplicó que me encargara de aquella niña.

Era verdaderamente una carga poco pesada.

—Se lo prometí y he cumplido mi promesa, puedo decir que con gran placer; dejé la pequeña Matilde con las buenas gentes que la cuidaban y más tarde la puse en un colegio, donde la hice dar una excelente educación. Por último, bajo el cuidado de una anciana, ama de llaves, la instalé cuando cumplía los diez y ocho años en una habitación modesta pero cómoda, haciéndola creer que poseía una pequeña fortuna, de la que yo era administrador.

Esto es todo lo que tengo que decir á usted de su juventud.

Si esta Matilde es la misma que usted conoce, la que por una casualidad ha entablado amistosas relaciones con usted, por la que siente, como ha dicho, gran-

des simpatías; contésteme con sinceridad. ¿Tiene usted valor para admitir la irregularidad de su nacimiento y hacer de ella la señora de Dantenac?

—Señor barón—contestó el joven muy emocionado,—ella sin duda me rechazará.

—Esa es cuenta mía. Yo respondo.

—Pues bien, sí, aceptaré con reconocimiento, con orgullo.

—No le digo á usted que Matilde pueda hacerle millonario, pero con mi ayuda podrá usted llegar á serlo. Quiero que sea dichosa y rica y no escatimaré nada para que lo sea con usted.

Pedro Dantenac no respondió.

Una emoción profunda le agitaba; aquella realización de sus quimeras se le antojaba imposible.

Se preguntaba si estaba despierto y en posesión de su razón completa.

El barón se levantó y el joven hizo otro tanto, maquinalmente.

Juntos se dirigieron al gran salón, donde la fiesta alcanzaba su mayor grado de esplendor.

Pedro Dantenac seguía al banquero sin darse cuenta de ello, arrastrado por él, como un planeta arrastra á sus satélites.

En la entrada, el barón se detuvo.

La orquesta dejaba oír entonces los acordes de un vals de Strauss, un vals viejo que siempre es nuevo, *El Danubio azul*.

Entre la multitud de parejas, una jo-

ven morena, con el cabello intensamente negro, con los ojos llenos de languidez, ondulante y acariciadora, valsaba en los brazos de Jacobo Mosés con un abandono capaz de trastornar el juicio de una estatua de piedra.

Aquella joven era la que hemos visto en el templo de Eros.

De pronto apercibió, ó mejor dicho, adivinó al barón y su protegido, y se incorporó bruscamente.

—¿Qué haces?—le preguntó Jacobo Mosés.

—¡No ves nada!—le contestó ella con despecho.

—¡Ah!—dijo el joven sonriendo,—es el momento crítico. ¡Vamos, valor!

—¡Oh!—suspiró ella—¡si yo supiera!...

—¿Pues qué temes?

—Al menos, ¿cumplirás tu palabra?

—¿Y lo dudas? ¡No amarte más! ¿Crees tú que yo podría hacerlo?

—¿Y él?

Matilde levantó sus ojos y los fijó con insistencia en los de su amante para penetrar su pensamiento.

El se inclinó sobre la cabeza de la joven, rozó sus cabellos con los labios y respondió con entonación apasionada:

—¡El! Ya te he dicho, bastardo de príncipe, ¡muchos envidiarán su suerte!

—¿Velarás por él?

—Los dos juntos cuidaremos. ¿No se puede todo llamándose Mosés?

—¡Ah! ¡si tú hubieras querido!...

—¿Qué?

—¡Casarte conmigo!

—¿Por qué tratar de lo imposible? Razón de estado. Papá no consentía.

—¿Pues qué, tú no eres dueño de tus acciones?

—Papá se ha opuesto terminantemente. El sabe que te adoro y que yo no quería otra mujer. Para hacerme abandonar esta idea es por lo que ha dispuesto otro matrimonio. ¡Ha sido preciso obedecer! Es la mayor prueba de amor que hoy puedes darme.

—Sea—contestó ella con rabia.—¡Pero tú no amarás nunca á esa mujer!

—Estate tranquila.

—¡Así como yo nunca podré amar á ese hombre!

—En ello confío.

La joven le estrechó con locura, le contempló aún otra vez con los ojos medio cerrados, y murmuró:

—¡Siempre tuya!

El vals terminaba.

Todo aquel diálogo había sido rápido y casi como un murmullo, dicho como esas palabras insignificantes que se cambian entre personas que apenas se conocen y que no han de volver á verse.

Nadie hubiera podido adivinar su sentido.

Además, ¿quién se hubiera extrañado de la amistad que mediaba entre los dos jóvenes?

La leyenda que el barón había contado

á Pedro Dantenac, á propósito de su protegida, era universalmente aceptada.

Era falsa; pero únicamente el barón conocía la verdad, y se guardaba muy bien de decirla.

Cesaron de vibrar los últimos acordes de la orquesta. Jacobo Mosés ofreció el brazo á su pareja, y dió con ella una vuelta por el salón antes de dejarla en su asiento.

Pedro Dantenac, con el corazón oprimido por la emoción y el espíritu lleno de quimeras, nada había visto, nada comprendía. Cuando Jacobo Mosés y Matilde pasaron cerca de él, el barón señalando la joven con la mano le preguntó:

—¿Es ella?

Y Pedro Dantenac respondió con voz temblorosa:

—Sí, señor barón.

—Pues bien, amigo mio, conozco sus sentimientos; si usted quiere, será para usted, pero es preciso hablarla y decirselo.

Matilde y su compañero estaban ya lejos.

Dos minutos después, Pedro Dantenac que se apoyaba en la pared para no caer al peso de su felicidad, se volvió para buscar al barón y pedirle consejo.

El banquero se había perdido entre la multitud.

XIV

Promesas.

Su invencible timidez le tenia sujeto al muro en que se apoyaba.

Sin embargo, era preciso decidirse.

La orquesta dejó oír los acordes de una mazurka y cien bulliciosas parejas se apresuraron á lanzarse al salón en alegre torbellino.

En un ángulo del salón, muy lejos de la puerta, Matilde resistía las invitaciones de algunos jóvenes que la solicitaban para bailar.

De cuando en cuando lanzaba hacia la puerta una rápida mirada y parecía esperar á que Pedro Dantenac se dirigiera á ella.

Con una última mirada la joven le prestó el valor necesario.

Se dirigió, vacilando, entre los bailarines y cuando estuvo cerca de la joven se inclinó profundamente diciendo:

—¡Señorita!...

No pudo concluir la frase que quedó paralizada en su garganta.

—¿Quiere usted hablarme, caballero?— dijo ella afectando cierto asombro.

—Sí, yo suplico á usted un momento de atención.

El joven estaba sofocado hasta perder la razón.